

Anna Ballbona

Joyce y las gallinas

Prólogo de Jordi Gracia

Traducción de María Paz Ortuño



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Joyce i les gallines

Anagrama

Barcelona, 2016

Ilustración: foto © Ferdinando Scianna / Magnum Photos / Contacto

Primera edición: junio 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, María Paz Ortuño, 2016

© Del prólogo, Jordi Gracia, 2016

© Anna Ballbona, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9816-3

Depósito Legal: B.10735-2016

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Passeig Sanllehy, 23

08213 Polinyà

PRÓLOGO: CONTRA LA MANSA DOCILIDAD

Nunca hay bastante. Ni siquiera sé imaginar dónde estaría la dosis que pudiera hacer reproducible el humor, la ironía o la comicidad. En Cataluña y en España son muchas las voces que comparten el recelo y hasta el hastío por la sobredosis (precisamente) de humor televisivo, humor mediático, humor de redes. Creen que algo de todo eso puede dañar la consistencia ética de la ciudadanía, demasiado expuesta a la mirada cómica sobre la realidad o quizá incluso demasiado hecha ya al descreimiento y la banalización de la vida social, cultural o política.

Pero ni veo esa sobredosis ni la temo. El humor, la mirada furtiva e irónica, la parodia como mecanismo de burla y, a la vez, de admiración apuntan en sí mismos a una forma de inteligencia intuitiva del mundo. El desasosiego que pueden despertar, el rencor o incluso la furia que engendran no son consecuencias indeseadas del humor sino parte de su mejor naturaleza. Cataluña no ha vivido casi ninguna etapa de su historia reciente desabastecida de la mirada irónica de los humoristas ni ajena a su indocilidad. No es necesario acudir a humoristas profesionales —y Anna Ballbona se acuerda de alguno—. Basta con no olvidarse de una estir-

pe que fue rica incluso en el infierno moral de la posguerra: la sutileza del humor de Josep Pla, su meliflua sorna tóxica, anduvo entre los papeles incluso en los peores momentos, como lo hizo la altiva ironía de un soberbio profesional como Eugeni d'Ors; Josep Maria de Sagarra no sería el primer novelista del siglo XX catalán sin la dosis de corrosiva comicidad de novelas como *Vida privada* o de sus fabulosos artículos periodísticos. Y desde luego Salvador Dalí y su delirante prosa inteligente no escapan al humor, como no lo han hecho la malevolencia sarcástica de Baltasar Porcel o la modernidad suntuosa de humoristas tan brillantes y a ratos estridentes como Quim Monzó, como Sergi Pàmies o como Empar Moliner. Cada uno de ellos ha descubierto en el humor la mejor seriedad de la literatura moral para un tiempo nuevo, la democracia de los últimos cuarenta años. Anagrama ha traducido al castellano a muchos de los autores que acabo de evocar porque no ha abandonado el humor como marca de fábrica desde sus inicios editoriales en 1969. Estuvo en sus colecciones nobles –la peste amarilla– y en sus colecciones gamberras, aquellas en las que la peste del humor llevaba la firma de Tom Sharpe, o de Bryce Echenique con sus crónicas, de Bukowski con sus metadelirios, o incluso de Kiko Amat con sus descacharrantes relatos.

Anna Ballbona no es una gallina cobardona, pero las gallinas llenan su libro como si éste se obstinase en contar el modo de dejar de ser una gallina cobardona, dejar de llevar la cabeza gacha, picoteando el suelo todo el santo día. Su historia es la historia de la redención de una muchacha inexperta, y esa búsqueda de la libertad acerca la novela a la gamberrada inteligente, a la denuncia sin solemnidad y a la literatura como modelo moral de vida. Esta novela está llena de incidencias enredadas, y aunque a veces no calla la sencillez o la transparencia de algunos mecanis-

mos, en ella mandan sobre todo el ansia del juego y el afán desdramatizador e irónico, culto, divertido y entrañable. La fiabilidad de Ballbona como retratista deja páginas de sátira costumbrista –como en el personaje en busca de una paz yogui o en la adictiva superstición popular– y burlas conmovedoras de los afanes culturales, del mismo modo que relativiza y vampiriza novelescamente las labores del periodismo de cada día. Anna Ballbona es ahora redactora del diario *El Punt Avui* y ha seguido también el rastro de un excepcional periodista catalán, Eugeni Xammar, dotado como pocos para el sarcasmo destructivo y, según ella misma, «un genio cosmopolita y clarividente, el más grande periodista catalán, junto con Gaziell y Josep Pla».

Todo parece coherente con un relato fragmentario y descoyuntado, nutrido de lecturas literarias, de imitaciones y parodias que nacen de una frecuentación intensa de la literatura de la modernidad y el arte de la gamberrada provocativa. Un documental sobre Banksy muestra a la protagonista una vía para su rebeldía testimonial e irónica pero incisiva, mientras que la literatura de Joyce se convierte en inicio y final de una experimentación no desatada pero sí visible en las tres partes de la novela, en la segmentación de las secuencias, en la libertad de los enlaces y el uso de la información flotante y, a veces, casi a pie de calle. La novela acelera su ritmo hacia la mitad, como si parte de sus modelos se inspirasen en el relato de intriga y suspense, con investigadores en marcha, policías desconcertados y espías aficionados. Todo va empapado de una ironía mansa y subterránea, como una atmósfera tibia y gaseosa. Esta mujer joven, nacida a las afueras de Barcelona, en Montmeló, en 1980, es «hija de payeses» y no viene «de una familia con dinero ni con una gran biblioteca». Tiene treinta y cinco años intoxicados de literatura, periodismo y otras

mezclas explosivas que van de un Joyce explícito hasta un Kafka invisible, pasando por un Pavese problemático, como si compartiese alguna de las neurosis de Enrique Vilas-Matas, la versión menos disparatada de Empar Moliner y la propensión a incorporar el relato corto como mecanismo interior de una historia larga.

Nada va demasiado en serio porque la pátina humorística funciona como un bajo continuo que descubre sin énfasis la quebradiza paz de la paz burguesa. Se mueve esta protagonista entre los *pijos* de un barrio y los *quillos* de otro, se mueve entre la Vespa veloz y el tren de cercanías. Fue Javier Pérez Andújar quien escribió en algún sitio que nada hay tan parecido al paisaje urbano que recorren los trenes de Cercanías de Madrid como el paisaje que recorren los trenes de Rodalies de Barcelona. Anna Ballbona ha metido dentro de este libro las virtudes del principio de una novelista, y con él ha sido finalista del último invento del inventor Herralde, el premio Llibres Anagrama de Novela. Lo obtuvo Albert Forns con otra novela cómica, *Jambalaya*, desatada, de ingenio torrencial, lúbrico y también gamberro. Los dos, Forns y Ballbona, delatan la lealtad senatorial de Herralde al humor y a la trastada como ácido literario para un tiempo de solemnidades huecas, eslóganes idiotas, mayúsculas muy embusteras y trampantojos que tienen tanto de trampa como de antojo. La lección de la ironía juvenil y mansa es un antídoto necesario, tanto como pueda serlo la velocidad de una Vespa para escapar a la docilidad bulliciosa de las gallinas.

JORDI GRACIA

Joyce y las gallinas

Primera parte

ARRANCA Y FRENA

Ha podido sentarse en la dirección del tren, lado paisaje y sol. Apoya un brazo en el estrecho alféizar de la ventana que no sirve para apoyar el brazo, piernas cruzadas y cabeza inclinada hacia *El oficio de vivir* de Cesare Pavese. Lo ha abierto ceremoniosamente, con el gustillo de complacencia y mirada alrededor que la obra merece, como diciendo al resto del vagón: ¿veis lo que me dispongo a leer? Incluso ha puesto un punto de libro de los que quedan aparentes, para añadir mítica y pomposidad al acto personal. En un bloque de asientos a mano derecha, observa a cinco personas, ni mayores ni jóvenes, que hablan de manera animada. No son estudiantes. Quizá es gente de una misma empresa que va a hacer un curso. Quizá vuelven de una asamblea de trabajadores para evitar despidos. O simplemente son viejos amigos...

—¿Cómo te ha ido hoy la sesión?

—Bien, ahora tengo una buena época, a ver...

—Pero ¿tú qué tenías?

—Yo, paranoia y depresión. Sobre todo más de lo primero. ¿Y tú?

—A mí me dijeron que tenía brotes de esquizofrenia.

Pavese todavía no ha pasado del portal. No ha podido llegar ni a la segunda página. El tren, sin embargo, ha dejado atrás un par de estaciones, camino de Barcelona. Entre una mirada a la extensión de polígonos y cemento, y otra a los páramos sin cultivar, al circuito de Montmeló y a los contenedores abandonados, Dora ha intentado volver a la intemperie del diario de Pavese. Por ahora, una lectura imposible. En concreto, es una impresión de desmantelamiento directo y sincero, desvestido de cualquier disfraz social, lo que la empuja hacia la conversación que ha cazado al vuelo.

—Casi hace dos años que me trato aquí.

Una chica del grupo, más deteriorada de lo que debería, escucha a los demás con una expresión de estar en Babia, sin llegar a verbalizar qué hace ella en aquel grupo. Tiene los ojos inertes, como los que vio una vez en una anciana que padecía un alzhéimer avanzado, en el hospital. Dora había ido a ver a su abuela. Pero la otra señora de la habitación, Mercè, no paraba de moverse, inquieta, a pesar de que estaba sujeta a la silla. A ratos intentaba coger el cojín que sobresalía de la silla de su abuela, a ratos tiraba de las sábanas hasta que caían al suelo. Dora se acercó para apartarla un poco, pero justo cuando se disponía a mover suavemente la silla, Mercè la agarró de los brazos con fuerza, mirándola fijamente, sin decir nada. Era como si la acribillara con la mirada. Dora se asustó pero se esforzó en disimularlo. La mujer parecía salida de una película de ciudadanos hipnotizados, de esas en que los niños van de aquí para allá con los ojos vidriosos y fieros. Por un momento, viendo que no cambiaba la cara, temió que aquella anciana estuviese a punto de soltarle un mamporro. Pero con un movimiento rápido se escabulló de sus brazos, movió la silla y se apartó a tiempo.

La chica del tren que estaba en Babia continúa en Babia. Cuando buena parte del grupo ya ha repasado de la manera más natural sus cuadros médicos, uno, algo inquieto, toma la voz cantante. Actúa como si se tuviesen mucha confianza y ya lo hubiesen dicho todo; él da por acabados los informes médicos y plantea otra cuestión:

–Y... ¿vosotros habéis pensado alguna vez en suicidaros?

El oficio de vivir se cierra de un respingo. No queda más remedio.

–Sí, claro, muchas veces –contesta uno de ellos con una vehemencia que no es impostada.

Otro añade, tímidamente, que lo intentó una vez, pero no lo consiguió. «Y no fue gran cosa», afirma entre murmullos, muy bajito. A partir de aquí se lanzan con toda sinceridad a recolectar diversos suicidios ejemplares, «yo sé de uno que...», «a mí me contaron...». Llama la atención la espontaneidad y las pocas manías con que hablan de una cuestión que es todavía tabú y a menudo se despacha con algún tópico. El grupo que Dora ha encontrado en el tren no pretende formular ninguna teoría elaborada sobre el final de la existencia, sus miembros, simplemente, relatan algunos hechos que han oído, pero ahorrándose un detalle demasiado significativo: el eufemismo.

A su pesar, hasta la estación de Parets del Vallès, *El oficio de vivir* de Pavese más bien la ha hecho bostezar. Por el contrario, a su alrededor parece que alguien ha organizado una concentración de energías singulares, como un encuentro de coches antiguos, biscúters o motos vintage. Sí, motos antiguas, de esas que permiten soltar, con una pose interesante, en mitad de una conversación: «Ah, mi padre tenía una Montesa», «aún me acuerdo de la Guzzi de mi abuelo», o bien «la primera moto que tuve ¡fue una Derbi!». Son energías singulares y ajenas pero que le provocan

un cosquilleo de preguntas: ¿quién es el extraño? ¿O quién el enajenado? ¿Quién observa, quién habla, quién escucha, quién escribe y levanta acta? Pavese, ¿de qué oficio habla?

—Pepe lo hizo delante de su abuela. La mujer estaba preparando la cena. Parece que los últimos días no habían sido demasiado tranquilos. Pero nadie se lo podía imaginar. En un momento en que ella estaba en la cocina enfrascada en el sofrito, que debía de hacer ruido, ya sabes, como cuando echas la cebolla... Chhhh —imita el ruido—. Pepe saltó por la ventana y se acabó.

—Yo sé que Salomón puso la cabeza en la vía. Sí, es un poco asqueroso. Y claro, pasó el tren y quedó todo por allí despachurrado. Más de lo normal. Pero no sé por qué quiso poner la cabeza en la vía y ya está.

A la ex lectora de *El oficio de vivir* le da la impresión de que comienza a marearse. Quizá si abre el libro otra vez... ¿Y si se cambia de sitio? La chica que está en Babia continúa en Babia. En la escena de la cabeza en la vía ha frunciendo un poco los labios, aunque, de todas las palabras y lindezas que ha oído, «sofrito» ha sido la que le ha causado una alteración más profunda.

—Después ese que entró en la tienda de lámparas. ¿Cómo se llamaba? Que también había estado con nosotros un tiempo... ¿Paco? Sí, Paco se llamaba. Entró en la tienda de lámparas y tuvo que esperar mucho rato. Paco sólo quería una lamparita de noche porque la de la habitación se había descuajeringado y no podía leer bien. Parece que le gustaban mucho las novelas románticas, sí, sí, era un romántico, el tío. Mira que no tenía pinta, pero por la noche, en cuanto podía, hala, novela romántica al canto.

—¿Y qué pasó? —preguntó una chica del grupo, viendo que el narrador empezaba a tener un gusto excesivo por el florilegio.

—¿Que qué pasó? Que la tía de la tienda no se enrolló demasiado, le hizo esperar, le decía que fuera mirando, y allí había tanto para elegir, tantas lámparas que no necesitaba, tantas cosas que no valían una puta mierda... Bueno, eso decía él. —El grupo escuchaba con una atención inaudita; Dora también.

—Pero, claro, quizá al final hasta yo me habría enfadado, y eso que soy tranquilo de verdad. ¿Por qué coño le plantaban delante de los morros las jodidas lámparas de comedor, aquellas arañas del año de la pera o aquellas lámparas de pergamino que apenas dan luz? Es que la peña se complica la vida, macho. Para postre, atendieron antes a un representante, el típico representante todo sudado, al que todavía se le nota el aliento del huevo frito que se ha zampado. Y eso Paco no lo pudo soportar. Los huevos fritos le daban mucho asco. Lo sé porque en el patio me lo había contado muchas veces. Soy bueno escuchando, siempre me lo dice la doctora. Yo a Paco lo entiendo, pero claro, tampoco hacía falta que rompiese aquella lámpara de 2.600 euros. Sí, macho, hay lámparas de comedor que valen 2.600 del ala. Total, para acabar agarrando el cable y yendo hacia la dependienta... Suerte que al final la pudieron salvar.

—Míriam le asestó una cuchillada a su marido, de un día para otro —sentencia la que estaba en Babia. Pero la parroquia no se inmuta. Ni un poco.

MONTCADA BIFURCA. DESOLACIÓN

El grupo que venía de terapia se ha bajado en Montcada-Bifurcación, quizá para cambiar a otro tren que los llevará a Sabadell, Terrassa o Manresa. Esta estación pro-

duce en Dora una fascinación especial. Estéticamente es horrorosa, un vómito de vías sin orden ni concierto, la nada entre una autovía y un barrio de periferia, un no-lugar, como se dice ahora. Aquello de allá arriba debe ser Vallbona, ¿no? Un día irá allí, piensa a veces. Para ver los bares, las tiendas, cómo camina la gente...

Por la noche la estación en penumbras da un poco de miedo. Durante el día es sobre todo un mero agujero de intercambios de trenes que cubren la rutina práctica de conectar con otras líneas. Es de una desnudez sin compasión, sin paliativos: en los días soleados, el sol cae como una avalancha de piedras; cuando llueve, parece una tempestad que te arrastrara por las vías hasta el mar. Su nombre, de connotaciones borgianas, responde a una realidad inapelable: la estación es la puerta entre una Barcelona y otra, entre el escaparate y la trastienda, entre el centro y el suburbio; ¿qué hay en un lado del túnel y qué al salir de él?

A este lado del túnel, donde se apea el grupo terapéutico, no caben los romances metafóricos. Con la infalibilidad de un reloj Casio de plástico, se completa la cruda rutina del que baja del tren, atraviesa el entramado de vías deterioradas y se va caminando bajo las farolas de un amarillo deprimente hacia alguno de los pisos coloreados, de tan mal gusto que parece que se burlen de los que viven allí. Debería haber una canción punk que proclamase: «Montcada bifurca, ¡desolación! Montcada bifurca, ¡desolación!» Dora hasta se imagina el concierto: el público disperso y ella desgañitándose con el grito de guerra: «¡Montcada bifurca!»

Sólo que Dora no tiene ni idea de música y presiente que canta todavía peor que si tocara un instrumento. La flauta no cuenta. Intuye el motivo por el cual le da pereza admitir la derrota, todavía siente aquella punzada que

vuelve: de pequeña no la admitieron en el coro de la escuela. Eso, y el hecho de haber tenido que representar siempre el papel de árbol o de «pueblo» en las obras de teatro de primaria, da como resultado un potaje demasiado espeso. En una ocasión, no se acuerda en qué tipo de obra, tuvo que actuar disfrazada de gallina. «Muy bien, preciosa, has hecho muy bien de gallina, ten en cuenta que es un papel muy importante.»

Quizá por culpa de la escena del grupo que volvía de hacer terapia, ha evocado la rémora de festivales de la niñez, que tienen, aunque no lo parezca, un vínculo insufrible y estrecho con las vías de escape punk. Está convencida de ello. Las gallinas cuentan tantas cosas... Ponerse en el papel de gallina era como si, en el patio, te eligiesen la última para el partido de fútbol. O que sólo te quisieran de portero.

En Montcada Bifurca suele bajar un matrimonio que siempre se está peleando. Menudos, cincuentones, ambos demacrados por el tabaco, y quizá también por el alcohol. Para ser más precisos, ella siempre le echa los perros a su marido. Vocífera y lo trata como a un inútil. Él suele ir cabizbajo, arrastrando los pies, a veces dibuja en el aire un gesto intentando hacerse entender, pero sin éxito. Ella, más vigorosa, está todo el rato pinchando, diciendo que no hace falta que se explique, que no tiene razón, que siempre hace lo mismo y que está muy harta. «Sólo yo sé lo que sufro contigo», refunfuña. Todos los días se apean en Montcada Bifurca. Como si esa estación fuese la argolla que los mantiene unidos. Para que no haga más ruido, en el andén se agachan y cargan la bola presidaria que no se sabe quién les ha mandado arrastrar.